

COCAMSA

COOPERA-UNETE
EXPON-DIALOGA
Y
triunfaremos
~•~

EDITA: COOPERATIVA DEL CAMPO DE SAN ROMAN DE LA LLANILLA PARA SUS SOCIOS

N° 19 — OCTUBRE/82

TEL. 330487

LA COOPERATIVA DEL
CAMPO TE LLAMA
PARA ESTE TRIUNFO



La leche, compañera habitual de la civilización y la cultura

Por Benito Madariaga - Veterinario

Suiza, Suecia, Dinamarca, Alemania y los Estados Unidos, son ejemplos relevantes de la eficacia de la leche en la robustez de los pueblos.

Hace unos años, una escritora norteamericana, la señora Myra Valdo, publicó un libro titulado «Recetas de todo el mundo», en el que recogía medio millón de fórmulas culinarias, después de haber recorrido 125.000 kilómetros. La señora Valdo cree en el viejo aforismo «dime lo que comes y te diré quién eres». Según ella, lo que las personas comen influye sobre su temperamento tanto o más que el mismo clima o la constitución geológica del país que habitan. Así, sostiene, por ejemplo, que la alimentación española, por lo general, da origen a nuestra música turbulenta y a una singular idiosincrasia fogosa. En Bolivia, debida a la gran altura, los platos son también muy condimentados, lo que explica las frecuentes revoluciones que suceden en este país. El ilustre Alexis Carrel, en su conocida obra «La incógnita del hombre» apoya esta misma opinión al asegurar que «los jefes tuvieron siempre una alimentación muy diferente a la de sus esclavos. Los que luchaban, mandaban y conquistaban, empleaban principalmente carnes y bebidas fermentadas, mientras que los pacíficos, los débiles y los sometidos, se conformaban con leche, vegetales y cereales».

Ante esta tesis original y sugerente, no es difícil preguntarse qué papel ha de-

sempeñado la leche y los lacticios en la configuración mental y costumbrista de los pueblos. Hay un principio que la observación cuidadosa ofrece: los pueblos que evidencian lo que pudiera llamarse «preferencia láctea» ocupan los puestos más elevados de la cultura, de la estabilidad política e, incluso, el núcleo de

Los pueblos que evidencian una «preferencia láctea» ocupan los puestos más elevados de la cultura, y de las buenas costumbres

costumbres y hábitos está próximo siempre de las formas ingenuas, sencillas y bondadosas. Vemos confirmado este principio si tenemos en cuenta que donde entra la leche como alimento, se establecen también la civilización y la cultura. Dan prueba de este paralelismo numerosas zonas de África, Oceanía y América Latina insuficientemente desarrolladas y donde prácticamente la leche no constituye alimento habitual de sus moradores. Si bien esto está claro, alguno podrá tal vez preguntarnos: ¿Qué tiene que ver la leche con el temperamento «bonachón» de sus

consumidores? ¿En qué medida o bajo qué fundamento actúa sobre el carácter de los que la beben?.

EN GRECIA, ISRAEL Y ROMA

Con este motivo sería interesante hacer un estudio de la influencia que ha tenido «lo blanco», en las representaciones creenciales y en la literatura utópica. Todos sabemos que este color tan identificado con la leche es el símbolo de lo superior, de lo espiritual y agradable; así decimos que lo blanco encarna la pureza y emblema de la paz. La luz es blanca, a los ángeles nos los figuramos vestidos de blanco y este mismo color poseen los hábitos de algunas órdenes religiosas que buscan la perfección. A esto podemos añadir que la leche, por ser un alimento de origen femenino y propio de los infantes se tuvo en otras épocas como bebida usual de las clases menesterosas y débiles. Su consumo, junto con el queso, ha sido siempre corriente entre los pastores y la población agrícola, y, sin embargo, ello no impidió que de su seno salieran numerosos caudillos y profetas que, como en el caso de Israel, ejercieron antes el ejercicio pastoril y tuvieron a la leche casi como único alimento.

Gandhi el célebre estadista hindú, caracterizado por su

mansedumbre y anhelos de perfección, consumía también leche de cabra en grandes cantidades. En el pueblo griego, la ingestión de leche y lacticiños fue muy practicada y adquirió caracteres que se salen de lo puramente gastronómico. Recuérdese, con este motivo, la mitología griega, que tiene conexión con la leche y los animales productos de este alimento líquido. En Roma, se observa, de la misma forma, esta índole práctica y progresista que caracteriza a los consumidores de leche y lacticiños. Su utilización por todas las clases sociales corre pareja con la que se advierte en las culturas actuales. En los banquetes se ofrecían numerosas clases de quesos y los postres, confeccionados con leche y derivados, ponen en evidencia hasta qué punto eran considerados productos como alimentos básicos.

Los soldados de esta misma nación recibían también como paga lo que se llamaba sextarii de leche, que existía de la misma forma con otros alimentos. No fueron menos aficionados a la leche los egipcios, hinhúes, semitas y las tribus nómadas, que han cantado sus excelencias, si bien hasta la época moderna no podemos hablar de que su uso estuviera generalizado.

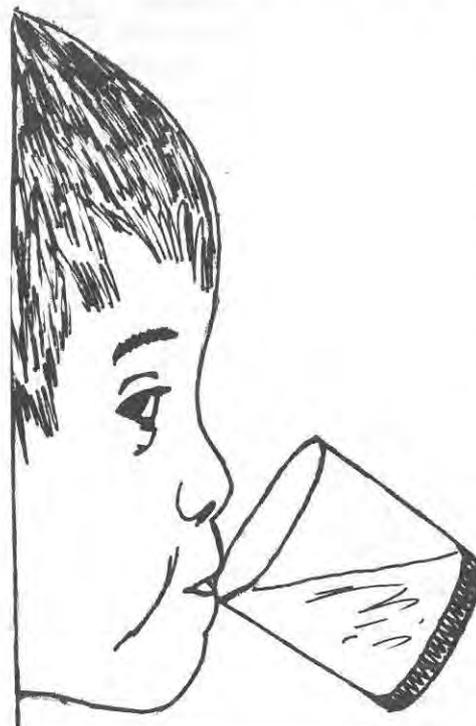
EN NUESTROS TIEMPOS

Pero es en tiempos recientes cuando las naciones se dieron cuenta de lo que representaba la explotación racional del ganado vacuno en la alimentación de los pueblos. Entonces, el ganado bovino adquiere relieve y eclipsa a las especies menores productoras de leche. Ya este líquido deja de ser patrimonio de las clases inferiores para convertirse en un alimento popular al alcance de todos. Lo toman lo mismo los hombres que los niños, las mujeres embarazadas o los inválidos. Es en esta época cuando podemos decir que la leche conquista al mundo. Los jefes de Estado tienen como motivo de orgullo retratarse

junto a una campeona lechera; los soldados de otro tiempo se hicieron granjeros y las amas de casa reciben cursos sobre preparaciones culinarias en que interviene este alimento. En las escuelas se instalan granjas y los que serán futuros ganaderos pueden aprender teórica y prácticamente los secretos de la explotación y cría de la vaca lechera. Son numerosos los niños que en diversos países, siguiendo las nuevas orientaciones sociales, reciben comida y leche gratuita o a un precio ínfimo. Los ganaderos se asocian formando cooperativas y logran para sus naciones un primer puesto en el ámbito económico. Ahora bien, esta preferencia láctea o inclinación natural hacia la leche y sus derivados parece hallarse sujeta a una regla sorprendente: En la medida en que nos distanciamos de la línea ecuatorial, los pueblos que vamos encontrando en nuestro viaje imaginario poseen una tendencia mayor hacia el consumo de leche, queso, etc.

Efectivamente: con respecto a Europa, Islandia y Finlandia son los países que van a la cabeza en consumo medio anual de leche por cabeza en la población.

En Inglaterra y países escandinavos es asimismo considerable



la preferencia láctea, sobre todo si se toma en cuenta la cantidad consumida por las naciones situadas en la cuenca del Mediterráneo (España, Italia, Grecia), donde además el ganado vacuno es sustituido en gran medida por el cabrío. La norma se puede comprobar incluso en el seno de una misma comunidad nacional: en España, por ejemplo, Andalucía consume menos cantidad de leche por cabeza de la población que las zonas del norte de la península e igualmente ocurre en Italia.

LOS «POLOS LACTEOS»

Pero esta preferencia láctea, condicionada por motivos geográficos, explica, decíamos una serie de circunstancias o caracteres que han conformado a los pueblos. La leche, por ser el primer alimento del hombre, tiende a estar presente en sus cuidados gastronómicos a lo largo de toda su vida; pero la cuantía de esta atención varía de unos individuos a otros, incluso de unos a otros pueblos. Cierto que esta tendencia hacia la primera alimentación se traduce en una ingenuidad y sencillez notables (usando estos vocablos en el sentido de «disposición bondadosa»), pero paradójicamente otorga a los pueblos una madurez en las inquietudes que difícilmente pudieran hallarse en naciones muy desplazadas de los «polos lácteos». Los maravillosos ejemplos de Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia, etc., constituyen una prueba irrefragable de lo que puede ofrecer el incremento real de la producción y alimentación lecheras y de las industrias derivadas. En este sentido, los Estados Unidos de América, pese a ser un pueblo joven, «seguramente rudo con frecuencia en sus modos —como dice el profesor Bonadonna—, pero profundamente sentimental hasta llegar a la infantilidad», nos da un ejemplo palpable de lo que se consigue con organización y entusiasmo en el campo agronómico y zootécnico que permite llevar a sus hijos a un alto nivel social y económico.